



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9729

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 10 DE ABRIL DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en harramental agrícola
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

D. Adolfo Fernández	1
• Ramón Requena	1
• Antonio Gómez	1
• Francisco Hernández Hermosilla	2
• Eduardo García Borrás	1
• Juan Antonio Alajarín	2
• Esteban Llagostera y C.ª	2'50
• José Rodríguez	1
• José Martínez	1
• Antonio Oliver	2
• Alejandro Delgado	5
• Cristóbal Matz	1
• Angel María Delgado	1
• Eladio Nieto	1

Suma 125

(Se continuará)

En la redacción de este periódico si-
gue abierta la suscripción.

FARLAMENTARISMO.

(Colaboración inédita)

Publicóse el decreto anhelado por los impacientes durante unos cuantos meses, y de sus pueblos vinieron á Madrid muchos diputados con la imaginación repleta de imágenes, y el corazón lleno de entusiasmo y la voluntad rebosando energías.

¡Oh, la felicidad del país! Supremo ideal, aspiración suprema de patriotas vehementes, de oradores fogosos y de periodistas así de oposición como ministeriales.

¡Oh, la felicidad del país! El mandato imperativo de los electores, es concluyente y definitivo é inapelable. ¡El contribuyente sufre! ¡La industria perece! ¡El comercio está arruinado! ¡La agricultura se consume y aniquila simultáneamente, su propia anemia y las exigencias del Fisco, Minotáuro insaciable que devora víctimas y más víctimas!...

Con todas estas ideas solamente han venido á Madrid muchos padres de la patria, viajando tal vez en coches de primera y con pase de libre circulación por la línea. Y ¡quién sabe! Acaso vendría en el mismo tren algún elector, embutido en un departamento incómodo

de tercera clase, y pagando su billete á todo precio..

Lo de siempre. Las oposiciones coinciden en un punto de innegable trascendencia. En el punto de que el gobierno es una verdadera calamidad pública, insalvable é inaguantable, y es necesario que dimita inmediatamente, porque el bien del país lo exige con todos los apremios inaplazables de sus necesidades intensas...

El gobierno dice que como él, jamás hubo gobierno alguno con más patriotismo, con más independencia, ni con mayor altura de miras... El, solo él, se preocupa de remediar los males que al país afligen... ¡Ah, que gran obra realizaría si las oposiciones no amontonasen obstáculos en el camino del gobierno!

Dijérase que los ministros están todos en olor de santidad, y que si no les canonizan es únicamente porque á la canonización se oponen los opositoristas que son unos relapsos, unos hereges, unos descreídos..

A los que combaten, estimulantes los aplausos de los amigos. A los que se defienden haláganles los déudos y los agradecidos con sus lisonjas y sus plácemes...

Y sobre ese murmullo de aplausos y de admiraciones, sobresale una voz débil, la del país que dice: Y de todo eso ¿á mí que me importa?...

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

Dice «El Carbayón»:

«Una casa de Barcelona anuncia un certamen para premiar libretos de zarzuela.

Los de Villaviciosa pueden dar la zarzuela entera.

Los liberales ponen la letra.

Y los pidalinos la solfa.

Pues no se necesita mucho talento para saber quién lleva los palos.

Dice un periódico del Norte:

«Los vapores de la Compañía Ibarra que estaban matriculados en Bilbao se han matriculado ahora en Sevilla.

Si pagan la matrícula en dinamita no les arrienda la ganancia á los sevillanos.»

¡Aunque hubiera un «Machicaco» todos los días!

El señor ministro de Gracia y Justicia va á presentar á los cortes un proyecto de ley de manicomios judiciales.

Sí; es esa una cosa que se está dejando sentir: los manicomios.

Judiciales ó no, hacen falta muchos, para encerrar tanto loco como vá suelto por ahí.

Los taberneros de Avilés, han acordado subir el precio de la sidra.

Pero no habían contado con la huéspedada, es decir, con los sidreros ó consumidores de dicho vino.

Vamos, son unos valientes.

Han decidido no volver á probar la sidra, y han dejado en berlina á los taberneros.

Es el mejor sistema.

Si los imitáramos, no estarían ciertas cosas por las nubes.

Dice «La Iberia» hablando del Duque de Tetuán:

«El señor Duque de Tetuán, que desde que se hizo conservador se dedica á la crítica de una manera alarmante, habló largo y tendido.»

¡Latam habemus!

En cuestión de lutas no es el Sr. Duque de los que ponen barderillas.

¡Como que hace poco que cultiva el género!

Desde que se hizo conservador, como dice «La Iberia».

Antes, es decir cuando era fusionista era también un genio, un gigante de la oratoria.

Y sino que lo diga «La Iberia» que le ha prodigado elogios á granel.

Lo que es que tes tiempos cambian...

Y por eso.

Dice un periódico que los clowns Lavater, que trabajan en el Circo de Parish hacen furor.

Nosotros creíamos que hacían reír.

Cada día se aprende una cosa:

De modo que al citaço circo habrá que ir provisto de todas las armas y de buenos dientes.

Hablánde de la crisis última ha dicho el general Martínez Campos.

«No me gusta mandar; pero tampoco me gusta que nadie me maude.»

¡Y como se va saliendo con la suya el general!

Es el único español que está como Quevedo.

Ni manda ni le mandan, que es su bello ideal.

NOTAS

No bien hemos abierto la suscripción para la Tienda-Asilo, va cubriéndose de firmas.

Cada una de ellas pregona el latido entusiasta de un corazón generoso que siente con la desgracia y que se llena de satisfacción al considerarse útil para contribuir á la buena obra.

El público responde á nuestras esperanzas disputándose todos en ser los primeros á poner sus nombres en las listas.

No podía ser de otro modo. Hay que pensar que estamos en Cartagena, en la ciudad que ostenta como preclaro timbre de su nobleza y de su valor las obras misericordiosas llevadas á cabo por sus hijos.

Aquí no hay monumentos artísticos de ninguna especie; no hay una estatua que recuerde á un hombre eminente, ni ningún suceso de la historia gloriosa de la ciudad; pero en cambio hay muchos monumentos erigidos á la virtud.

¿Nace un ser destinado á engrosar el número de criaturas sin nombre, de esos á los cuales le son negadas las caricias maternales y los cuidados paternos? Pues Cartagena lo amparará en su Casa de Niños Expositos y de allí lo hará pasar, cuando llegue á la edad conveniente, á la Casa de Misericordia, ese otro monumento que acredita la piedad de los hijos de esta tierra. De allí saldrá cuando sea hombre y sepa ganarse la subsistencia.

Después, cuando la enfermedad haga presa en su organismo y la fiebre consuma su cuerpo, ó cuando trabajando en la mina ó en el taller tenga la des-

ferentes pies, todas dirigidas hacia el norte: la cabellera negra marcha hacia el lado del frío.

—Jamás un sabueso ha encontrado una pista mejor; dijo el cazador poniéndose en marcha, y siguiendo el camino trazado por las huellas que veía. Hemos sido ayudados por la Providencia, y podemos seguirlos sin trabajo alguno. Ahí están otra vez los cascos de los dos animales que tienen un trote tan singular. Ese Hurón viaja como un general blanco! Está loco y ciego! Y riéndose añadió: Sagamore, mirad si hay señales de ruedas, pues sin duda antes de mucho veremos á ese insensato viajando en carruaje; y eso cuando tiene sobre los talones los mejores ojos del país!

El aire satisfecho del cazador, la alegre viveza de Uncas, la expresión tranquila de su padre, y el inesperado éxito que se acababa de obtener después de haber recorrido más de cuarenta millas, todo concurría á dar esperanzas á Munro y al mayor.

Caminaban á grandes pasos, y con la misma confianza que si lo hicieran por una carretera. Si un pedregajo, un arroyo, un terreno más duro que de costumbre interrumpía el encaudamiento de las huellas que seguían la mirada experta del cazador ó de los Mohicanos volvía á hallar estas á poca distancia, y rara vez tenían necesidad de detenerse.

El Zorro-Sutil no había descuidado sin embargo

las estratagemas á que recurren los indios cuando huyen. Falsas huellas hechas á propósito se encontraban con frecuencia, todas las veces que un arroyo ó la naturaleza del terreno lo permitían, pero sus perseguidores se dejaban engañar pocas veces, y cuando sucedía reconocían su error al poco tiempo.

A mitad de la tarde habían atravesado el Scarron, y caminaban hacia poniente. El sol empezaba á declinar. Después de atravesar un vallecito regado por un arroyo, llegaron á un sitio en que era evidente que el Zorro-Sutil había hecho alto con sus prisioneros. Tizones medio quemados indicaban haber encendido una hoguera, los restos de un game estaban aún á poca distancia, y la yerba pisoteada alrededor de los árboles demostraba que los caballos habían estado atados á ellos.

Pero aunque aquel sitio presentaba por todas partes huellas de hombres y de animales, las de los primeros cesaban de pronto y no pasaban de allí.

Era fácil seguir las de los dos caballos que al parecer habían errado á la casualidad y conforme á su instinto, para buscar su alimento. Por fin Uncas encontró sus huellas recientes.

Antes de seguirlos, comunicó este descubrimiento á sus compañeros, y todavía estaban estos hablando de esta circunstancia singular, cuando reapareció el indio con los dos caballos cuyas sillas arneses y todo

do el sitio que tapaba; pero apesar de todo no pudieron descubrir nada.

—Por fin, Uncas que con su actividad acostumbrada había terminado el primero su tarea, imaginó hacer un dique con piedras y tierra, en el arroyo de que hicimos mención. De esta manera detuvo el curso del agua, que se vió obligada á tomar otro camino. Cuando quedó en seco el cauce, se inclinó para examinarlo atentamente, y el grito hugh! que se le escapó, dió á atender el éxito que había obtenido. Todos sus compañeros corrieron hácia él, y Uncas les mostró sobre la arena fina y húmeda del fondo muchas señales de mocasines perfectamente marcadas, pero todas semejantes.

—Este joven llegará á ser la honra de su nación, exclamó Ojo de Halcón, mirando aquellas pisadas con la mí ma admiración que hubiera sentido un naturalista, al ver los huesos de un mammoth: sí, será una espina en las costillas de los Hurones; éin embargo, estas señales no son debidas al pie de un indio, apoyan demasiado en el talon, y además un pie tan largo y tan ancho, y cuadrado por la punta. Uncas, traedme corriendo la medida del cantor; hallaré una huella magnífica al pie de aquella roca que está enfrente.

Mientras Uncas ejecutaba esta comisión, su padre y el cazador siguieron contemplando las huellas, y